

surdo manifiesto engendrado en la patria de Lutero y de Kant por los orgullosos sofistas en quien ha encarnado más profundamente y mostrándose con más descaro el espíritu maligno de la reforma protestante y del racionalismo su hijo y universal heredero.

No me detendré en la prolija refutación del señor Arés, porque mi intento es únicamente poner de manifiesto esta úlcera del panteísmo krausista, que así mana su venenoso pús en el presente discurso; ni tampoco perderé el tiempo con las extrañas ciencias que sueña el doctor de Salamanca, á las que da los nombres no menos enrevesados de «*Metempírica* ó Ciencia en *unidad del hacer*,» «*Metamónica* ó saber de las leyes primeras por las que se rigen los hechos,» reunidas todas ellas bajo una *Propeudeutica común* constituyéndose de esta suerte «una como *Enciclopedia* unitaria y sintética á un tiempo, de todo el humano saber;» sino dejadas estas extrañas invenciones, veamos por dónde ha venido á dar nuestro texto vivo en tamaños delirios y pretensiones de saberlo todo, conociendo lo que nadie conoce ni puede conocer, porque no existe, *el sér unitario y total*, y de reconocer en él las substancias y

las propiedades de las cosas. Este examen, y algunos otros puntos raros, oscuros y malignos, serán asunto del párrafo siguiente.

II.

Tratándose del método filosófico, todo el punto está, según nuestros pseudo-filósofos, en «arrancar de un conocimiento de *clarividente* verdad é indubitable certeza, y hallar asimismo, como *término*, otro conocimiento análogo y absolutamente comprensivo, y que sin tener su razón y justificante en otro, sea él mismo el *razonante* y *fundador* de todo conocimiento, el que sirvió de iniciación inclusive. Con tales dos CONOCIMIENTOS-PRINCIPIOS, en el orden cronológico el uno, en el orden lógico el otro; en un orden ontológico aquél, en *todo* este orden el último; siendo *clarividentes* de suyo y *demostradores* igualmente, y no necesitados, por lo tanto, de demostración ellos mismos; revistiendo como conocimientos el carácter de *intuiciones* ó *presencias de unidad*, antes y sobre toda distinción en conoci-

miento de cualquier orden... puede construir el espíritu el plano general del saber y como el *schema* de todo conocer particular ^{1.}» Vertida al castellano esta gerigonza quiere decir, que en la formación de la filosofía el entendimiento humano empieza por el conocimiento *intuitivo* de una verdad evidente (*clarividente*), y acaba en otro conocimiento también *intuitivo* de otra verdad también *clarividente*; y como en esta última verdad se contenga todo lo que el hombre puede conocer, resulta que desde el punto y hora que el espíritu humano la contempla, queda *capacitado*, como diría el señor Sanz del Río, para construir todo el edificio, ó *plano general*, que dice su discípulo, del saber. Aquí tiene el lector un método muy sencillo para hacer sabios á todos los hombres en un santiamén; no hay sino poner los ojos primero en una verdad clarividente, y después en otra donde estén contenidas las demás, inclusa la primera clarividente verdad, y cádate aún al más rudo entendimiento en disposición de construir el *plano general del saber*, y como el *schema* de todo conocer particular. Tan parti-

¹ Pág. 51.

cular es este método, que nadie llegó siquiera á presentirlo antes de Krause, ni aún los ingenios más agudos de la antigüedad ni de los tiempos modernos: seguramente estaba reservado á un filósofo fracmasón como fué Krause, este maravilloso invento, receta para hacer sabios en el acto, aunque sabios tales que en el mismo punto de serlo queden privados hasta de las luces naturales á que suele darse el nombre de *sentido común*. Porque á la verdad, ¿qué entendimiento hay que no advierta, si por ventura no está ofuscado por las tinieblas del nihilismo krausista, que el método procede siempre de lo conocido á lo desconocido, y por consiguiente que el *término* á donde conduce, no es la verdad conocida por medio de la *intuición intelectual*? Si el segundo conocimiento del Sr. Arés *reviste*, así como el primero, el carácter de *intuición* ó *presencia de unidad*, es claro como la luz, que para conocer su objeto no hay sino abrir los ojos y verlo, siendo por tanto excusado mirar antes ninguna otra cosa, mayormente si esta otra cosa hace parte del objeto que está presente. Lo que directamente y de por sí se ofrece ante los ojos, no es término de ninguna investigación, sino

principio de donde parte el entendimiento para conocer lo que no se le ofrece con la claridad de la evidencia. Dice el Sr. Arés, que de los dos conocimientos á que se refiere, llamándolos á entrambos *principios*, uno de ellos es hallado como *término*: tenemos pues que el término del método es el principio de él, que es como si empezáramos por la conclusión, tomándola por principio, para encontrarnos después con la misma conclusión como fin del discurso. Lo repetimos: semejante método no tiene de tal sino el nombre, pues antes se parece al viaje que uno hiciera hasta el fin del mundo sin salir de su casa.—Veamos ahora qué *conocimientos-principios* son esos.

«Pónese pues la Metafísica, dice el Sr. Arés, como cuestión preliminar la de encontrar para el saber en general un conocimiento primero en el orden de la información temporal de aquél, y sigue, una vez hallada esta base, las direcciones que el método la señala ¹.» «Su problema general», añade dos páginas después, «será por lo tanto este: ¿Qué soy Yo, y *toda la realidad en mí?* El análisis metafísico ó

¹ Pág. 53.

Metafísica de la conciencia, no es, según esto, el conocimiento del Yo ó sugeto pensador en un respecto determinado, sino el conocimiento del mismo *como sér y en tanto que sér*, en su consideración indistinta hasta su determinación concreta en entidad y seidad: y al mismo tiempo que esto, *el de todo otro sér y realidad*, bajo los propios respectos, tales como al pensamiento se ofrecen en la conciencia racional. Apoyada así la Metafísica en esta base firme de arranque y cimiento indestructible, etcétera, etc. ¹.» Tenemos pues aquí el primer conocimiento de *clarividente* verdad, la primera intuición ó presencia de unidad, es á saber, el Yo; Yo á la verdad muy diferente del que todos entendemos debajo de esta palabra, ó sea del sugeto de nuestros pensamientos, voliciones y demás actos que proceden de él. En el Yo del Sr. Arés está contenida toda la realidad. «¿Qué soy Yo y *toda la realidad en mí?*» pregunta el profesor de Salamanca; y luego responde que es un yo conocido sólo *como sér y en tanto que es sér*, y en el cual se conoce *todo otro sér y realidad* ². De donde resulta, que la

¹ Pág. 55 y 56.

² Pág. 56.

primera verdad clarividente del krausismo universitario, es que el Yo contiene en sí todas las cosas, y que en viéndolo á él, no hay ninguna que se oculte á las miradas del espíritu, por más que esa especie de sér universal del Yo se ofrezca á la intuición en su consideración indistinta. En otros términos, el *Yo* de Krause no es sino el mismo sér absoluto soñado por el panteísmo, que á sí propio se aparece bajo el concepto indistinto de sér, y dice: *Yo*. Ahora bien, ¿es esto por ventura lo que nos dice la conciencia? ¿percibimos acaso á nuestro humilde yo como puro sér, en que esté contenida toda realidad; ó no es por ventura su conocimiento el término de un acto reflexivo con que en el punto que percibe directamente su objeto proporcionado, que es el sér de las cosas que se ofrecen á su vista, la inteligencia vuelve sobre sí misma entendiendo su propia percepción, y junto con ella el sugeto de este acto? ¿Dónde está esa intuición primera del yo *como sér y sólo en cuanto es sér y de toda realidad en mí?* A la verdad, si este fuera el principio primero, la ciencia que es entre todas reina, carecería de principio, y por consiguiente de fin, porque la *Intuición-*

Yo, como llama Sanz del Río al conocimiento de la primera verdad *clarividente* de su discípulo, es pura ficción, engendrada en el delirio del racionalismo.

Dice el Sr. Arés, que el conocimiento-principio de Krause fué «entrevisto por San Agustín en sus palabras de *noli foras ire, in te ipsum reddi, in interiore homine habitat veritas.*» No podía hacerse mayor elogio de Krause, que darle por precursor á San Agustín, ni inferirse mayor injuria á San Agustín, que mostrarle ante los ojos de una Universidad aparejando los caminos de Krause. Pero es el caso, que el texto de San Agustín á que se refiere el profesor de Salamanca, dice todo lo contrario de lo que enseñan Krause y sus discípulos, y aún puede considerársele como una refutación verdaderamente gloriosa del panteísmo en general. «No quieras, dice á nuestra alma el santo Obispo de Hipona, salir fuera de tí con la consideración, sino entra dentro de tí misma, que *la verdad* tiene su morada en el hombre interior; y en viendo que es mudable tu mismo sér, sube más arriba, elevándote sobre tí mismo. Mas ten presente que al elevar-te sobre tí, por el mismo caso te elevas sobre

tu alma racional. Allí pues has de poner los ojos, donde se enciende la luz misma de la razón. Porque el que bien *discurre*, ¿á qué otro punto va á parar sino á la verdad? Pues como *la verdad no se busque ni se alcance á sí propia por medio del discurso*, y ella misma sea *el bien á que anhelan los que discurren*, entre esta inclinación y la verdad misma apetecida hay tan grande conveniencia, que no puede darse otra mayor; y así tú mismo has de tender á ella. *Confiesa que tú no eres la misma verdad*, pues ella no se busca ciertamente á sí misma, y tú por el contrario, para esto viniste al mundo, *para buscarla á ella*, no ciertamente mudando de lugares, sino *con el afecto del espíritu*, de suerte que el hombre interior se una á la verdad que habita en él, no con deleite alguno ínfimo y carnal, sino *gozando alta y espiritualmente de esta unión* ^{1.} ¿Por ventura en este hermosísimo pasaje del santo doctor hay algo que se parezca á la intuición del *Yo como sér y en tanto que sér y de toda realidad en mí*? Porque no es lo mismo, sino todo lo contrario, estar en mí toda la realidad, haciendo una sola cosa con-

^{1.} De vera Religione. *lib. quintus, tractatus 11.*

migo, como sueña el panteísmo, que habitar en mi interior la suma verdad distinguiéndose de mí, que tengo un sér mudable y finito, y he menester elevarme sobre mí para buscarla á ella, que no se busca á sí misma. «La verdad habita en mí, mas yo no la veo, y tengo que buscarla por medio del discurso», dice San Agustín. «La verdad soy yo, y no he menester buscarla, pues en mí mismo la veo viéndome á mí y todo sér en mí,» dice Krause. ¡Qué abismo entre ambas doctrinas! En la primera la verdad, es decir, Dios mismo es el término del discurso, el bien anhelado por el corazón, con el cual se une este en hallándole el entendimiento discursivo: en la segunda, Dios es el *primum cognitum* de nuestra inteligencia, nócele esta por intuición, y así su sér como el sér de toda realidad está en mí y soy yo, no teniendo necesidad de unirme con él, porque la unión supone distinción, y en el sér que yo soy y que en mí tienen todas las cosas, todo es unidad é identidad, no habiendo por consiguiente el gozo que resulta de aquella unión de mi alma con la verdad que habita en ella mediante el conocimiento y el amor, sino la delectación satánica del orgullo halaga-

do por la filosofía que hace decir á sus discípulos lo que Jesucristo de sí mismo: *Ego sum veritas.*

No es sólo San Agustín quien sale á la escena en el discurso de inauguración de la enseñanza oficial de Salamanca, para honor y defensa del máximo error de la impiedad: también vemos en él, haciendo compañía á los corifeos del krausismo en España y fuera de ella—que todos ó casi todos se miran aquí congregados como miembros de un mismo cuerpo,—y lo que es peor, siendo interpretado su lenguaje en sentido hegeliano, á nuestro ilustre y venerado amigo y consocio de la Academia de Santo Tomás de Roma, el Reverendo Padre Fray Zeferino González, Arzobispo de Sevilla. Por supuesto, los textos que cita el Sr. Arés del ilustre Prelado español, son tan pertinentes y favorables á la escuela racionalista como el ya citado del santo Obispo africano, por cuya razón no expondré ni vindicaré su verdadero sentido que está á la vista, y por sí mismo se vindica. No debo sin embargo poner término á este incidente sin llamar la atención sobre tan extraña táctica del krausismo, que ya desde sus principios

procuró confirmar su impiedad disimulada con textos y autoridades de Santos Padres y hasta de la Sagrada Escritura, interpretados maligna y capciosamente sin ningún respeto á la autoridad de la Iglesia. Pero volvamos al punto principal del consabido discurso.

«La intuición de *El Sér absolutamente*,—de Dios,—como el sentido moral le nombra, por el espíritu humano, es el fundamento y principio de *todo otro* conocer, incluso el de nosotros mismos; y la realidad de Dios, el fundamento y razón también de nuestra propia realidad. *Soy, se da el sér; existo yo, existe Dios;* tal es la primera parte de la fórmula en que podría ser condensado el resultado final del análisis metafísico. Porque, como decía Schelling, ¿es posible poner en duda la *existencia de la existencia?* Y habiéndose encontrado el Yo, no sólo como sér existente, sino como *conscio* de esta existencia, puede ser completada la fórmula con esta segunda expresión: *¿Soy conscio?* pues se da la *Conciencia absoluta*. Si pues la conciencia en el hombre es la condición de su ciencia, la Conciencia absoluta del sér, la Suprema-Conciencia, como propone Hartmann se la llame, es la condición, á su vez,

para la Conciencia del hombre ^{1.}» Note el lector que en el orden del conocimiento el Yo es en esta escuela la primera cosa conocida; mas ahora se nos dice, que el conocimiento de nosotros mismos tiene por principio á la intuición que tenemos de Dios. Es así que de Dios no tenemos en esta vida intuición alguna, porque sólo en la patria lo ven los bienaventurados (entre los cuales no habrá ningún krausista impenitente): luego hasta el mismo *conocimiento-principio* del Yo se queda aquí sin fundamento, apareciendo entre las ruinas de la razón y de la filosofía, riéndose con la sonrisa de un triunfo hartó fácil, la innoble figura del positivismo.—«*Soy, se da el sér; existo Yo, existe Dios...*» ¿Ha leído jamás el lector extravagancia mayor? Porque no dice el profesor de Salamanca: *Yo existo, luego existe Dios*; sino en su propio sér y existencia ve el señor Arés el sér ó existencia divina, el cual no se figuraría ver, á no confundir en uno á entrambos séres, el sér finito y contingente de su yo particular, con el ser infinito, absoluto y necesario de Dios: eso en puridad es atri-

¹ Pág. 57.

buirse á sí nuestro profesor el sér divino, quitándosele á Dios, ó en propios términos eso es *autoteísmo* y *ateísmo*. ¿Pues qué diremos de la otra formulita: «*Soy conscio?* PUES se da la *Conciencia absoluta.*» ¡Y después hablará el señor Arés de *su pensar!* ¿Pues qué pensar es el suyo? Porque si su pensar es discursivo, ¿cómo dice que Dios es *visto intuitivamente* de la razón humana, sin necesidad de discurso? Y si es intuitivo, ¿qué significa la palabra PUES en la segunda fórmula? Su pensar es *pues* delirar. Por lo demás, si el lector quiere saber qué cosa sea la *Conciencia absoluta* en el discurso del Sr. Arés, advierta que esa conciencia es, según nos dice el mismo profesor, lo que Hartmann ha propuesto que se llame la *Supra-conciencia*. Pues bien, la supra-conciencia de Hartmann es el término positivo y abstracto de lo *inconscio* del mismo autor: el famoso continuador de Schopenhauer rehusa la conciencia á su principio absoluto, por lo cual se llama su doctrina *Filosofía de lo inconsciente*. Con que si la *Conciencia absoluta* del krausismo es lo que Hartmann quiere que se llame *supra-conciencia*, es evidente que la fórmula: *Soy conscio? pues se da la conciencia abso-*

luta, equivale á esta otra: «¿Soy *conscio*? pues se da la *supra-conciencia*, ó sea la *inconsciencia*, la conciencia igual á cero.» Aún más abajo vienen pues á parar los doctores de esta escuela: su doctrina es tan nihilista como el ideal de Schopenhauer, del cual salió el *pan-satanismo* de Hartmann, cuyo parentesco con Krause es por lo visto más próximo del que nosotros hubiéramos podido imaginar.

Prosigue el Sr. Arés de esta manera: «La *identidad*, por lo tanto, entre el conocer y el sér, entre lo *inteligible* (quiere sin duda decir *intelectual*, sólo que no lo acierta á decir) y lo *real*, que al principio *proclamamos*, es la *base y fundamento de la verdad* para el hombre... Por esto, pues, si *conformamos con Hartmann* en la posibilidad de un conocimiento metafísico, *admitiendo con él* que la «condición primera y fundamental de todo conocimiento es la afirmación de que el *pensamiento y su objeto trascendente ó real son idénticos*,» y que «suponer que el pensamiento y la cosa en sí difieren en naturaleza, es hacer imposible absolutamente, todo acuerdo entre ambos, y consiguientemente, toda verdad y toda conciencia de este acuerdo,» nos parece ver en él una

contradicción cuando afirma poco después que «no se puede establecer absolutamente la imposibilidad del excepticismo, ni hay para nosotros una probabilidad del grado, sino solamente una probabilidad más ó menos alta que no alcanza jamás la unidad.»

«LA IDENTIDAD *del pensamiento y de su objeto*, y la conciencia de sí propio por el sugeto pensante, dentro de la conciencia absoluta, establecen, á nuestro juicio; la imposibilidad del excepticismo, que queda *capacitado* solamente como estado histórico del espíritu y posición parcial del pensamiento; y en estos dos conceptos, llena su adecuada función y *tiene su misión que cumplir* en la historia y vida de aquél 1.» Vea pues el lector á qué se reduce todo este aparato de palabras rimbombantes y vacías: redúcese á decir, que para la verdad del conocimiento es absolutamente preciso que el sugeto que conoce y la cosa conocida sean una *sofa* idéntica cosa, que no haya diferencia entre pensar y ser pensado, entre la razón humana y lo absoluto divino; en una palabra, que fuera del panteísmo no hay para

1 Pág. 59.

el hombre posibilidad siquiera de conocer la verdad. Es así que semejante *identidad entre el conocer y el sér*, que suponen y no prueban ni pueden probar los panteístas, es contraria, no sólo á las razones de la ciencia, sino hasta á las más vulgares nociones del sentido común — un rústico humilde, por ejemplo, que ve que el sol alumbrá, se reiría hasta con lástima y desdén del krausista que le dijera que eso no podía ser, ó al menos, que de eso no podía él estar cierto sino en tanto que se hiciese una sola cosa con el sol, subiendo allá hasta su altura, ó descendiendo el mismo sol de ella para confundirse con su pensamiento: —luego la base y fundamento krausístico de la posibilidad de la verdad para el hombre, es pura tela de araña, menos aún, ilusión de mentes delirantes, vanas apariencias que ocultan el excepticismo y el nihilismo absoluto. Las palabras de Hartmann que cita el señor Arés, no son pues una contradicción con aquellas otras en que el pansatanista alemán concuerda con el catedrático salmantino, sino una confesión explícita de la impotencia del racionalismo contra el excepticismo inculcado por aquél, y una condenación implí-

cita de las escuelas en cuyo seno es concebido el mónstruo de la duda y del ateísmo. Pero el excepticismo, á quien el mismo profesor atribuye no sabemos qué *misión en la historia y vida del espíritu*, — misión que únicamente puede haber recibido del príncipe de las tinieblas — el excepticismo en orden á las verdades inteligibles, no se diferencia nada del positivismo, que ha venido precisamente á negar al espíritu humano el conocimiento de lo absoluto: luego los profesores que abren las puertas de las Universidades en que han logrado penetrar, á las teorías panteísticas y excépticas de Krause, Hartmann y otros filosofastros *ejusdem furfuris*, acerca de la supuesta *identidad* entre el pensar y el sér, mantienenlas abiertas á las pestilencias é ignominias del materialismo. Y luego se glorían de vindicar la Metafísica contra las embestidas de esta secta! ¡Ellos que no conocen más Metafísica que la intuición de un Yo quimérico y de un Sér del todo vacío, á quien dan con profanación horrible el santo nombre de Dios; ni otro fundamento de verdad para el hombre, que la identidad de su pensamiento con ese sér sin sér, cuya primera manifestación es la materia! Franca-